



VIII

EL ALMA RELIGIOSA ES EL "HUERTO CERRADO,"
DE QUE HABLA LA ESCRITURA.

*Dilectus meus descendit in hortum suum
ad areola aromatum.*

CANT. 6. 1.º

Vino mi Amado á su huerto, al sitio de las aromas....

CANT. 6. 1.º

APRECIABLE Margarita: Tu carta de hoy viene muy *seráfica* y muy *teresiana*, quiero decir, que viene salpicada de gracias, llena de luz y ardiendo en amor divino por todas sus letras; tanto, que parece escrita con la pluma del Serafín de Asís, manejada por la mano de la gran Doctora carmelitana. Mucho me alegró de que te remontes tan alta en la esfera del amor divino, y de que los ángeles te presten sus alas, y los santos sus aspiraciones para subir á las maravillosas alturas donde ellos se encumbraron. Según veo, la parábola del jardín, que en mi anterior te refería, te ha servido de meditación durante un mes seguido, y te ha sido tan provechosa, que ya eres otra, gracias á las bondades del celestial Jardinero.

“Me ví—dices—retratada en aquella alegoría; co-

noci que el jardín de mi alma estaba medio seco; me apresuré á cultivarlo con la mortificación y el silencio; y después que le ví brotar algunas flores, invité á mi Amado á pasear por él, diciéndole con la esposa de los Cantares: ¡Ven, Amado mio, salgamos al campo, moremos en los jardines, madrugemos á ver los sembrados, veamos si floreció la viña, si las flores han dado fruto, y si brotan ya los granados! Y Él, que es tan complaciente, viene y me lleva por regiones desconocidas, y le hace sentir á mi alma delicias inefables, que no se pueden expresar con lengua humana. Y si acaso yo soy tarda en convidarle, Él me invita á mí, haciendo resonar en el fondo de mi alma estas halagüeñas palabras:—¡Levántate, amiga mia, paloma mia, y ven; apresúrate, que ya pasó el invierno, se retiró la lluvia, han aparecido las flores en nuestra tierra, llegó el tiempo del canto de las aves, la voz de la tórtola se ha oído, han brotado las higueras, y las viñas florecientes están dando grato olor. Levántate, pues, paloma mia, y ven!—Y yo vuelo, y desciendo con Él á sus jardines, al sitio de más fragancia, para coger azucenas y estar-me en su compañía hasta que llegue la tarde y declinen las sombras. Pero cuando Él se ausenta ó no responde á mis arrullos, entonces mi alma languidece, mi espíritu desmaya, y la violencia del amor me hace exclamar: Cercadme de flores, y confortadme con manzanas, porque desfallezco de amor.”

¿Qué tal el parrafillo de tu carta? ¿No digo yo que viene muy *seráfica* y *teresiana*? Y no te vayas á creer que lo digo por burla, porque salta á la vista que no es así. Para que te convenzas de ello, quiero decirte que este modo de mirar al alma religiosa es para mí muy grato; y lo aprendí de nuestra mística doctora Santa Teresa de Jesús, la cual dice en el capítulo once de su vida: “Ha de hacer cuenta el que comienza, que co-

mienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa y que lleva muy malas yerbas para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas y ha de plantar las buenas... y con la ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores que den de sí gran olor, para dar recreación á este Señor nuestro, y aun se venga á deleitar muchas veces á esta huerta, y á holgarse entre estas virtudes. Y en el capítulo catorce añade: "Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios... me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, á lo que parecía, á querer salir, y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que yo sabía habían de salir mejores."

El mismo Dios en la Sagrada Escritura llama al alma huerto cerrado; pero es de saber que este huerto no tiene más dueño que Jesucristo, ni puede entrar en él otro hortelano que el alma misma, que por eso se llama *huerto cerrado* y cercado con fuertes muros; mas así como en los jardines, por bien cercados que estén, pueden penetrar las aves del cielo y destrozar las flores, así también en este jardín del alma pueden penetrar aves nocturnas, y destruirlo, si con tiempo no las espantamos. Siendo pues, en realidad, la religiosa semejante á un jardín bien cercado, y no pudiendo penetrar en él más jardinero que el alma misma, y no teniendo este jardinero otra cosa que hacer sino cuidar de su jardín y hermosearlo; claro está, querida Margarita, que la mañana y la tarde, el día y la noche, las semanas y los meses, y toda la vida debemos pasarla en cultivar nuestro hermoso huerto.

Y no vayas á pensar que el tenerlo bien arreglado sea tarea fácil y de pocos días, porque es tarea difícil y de toda la vida. Primeramente tenemos ese jardín en tierra pujante y muy fecunda, pero al fin tierra maldita por Dios, y por serlo, de sí misma no produce otra cosa que abrojos, espinas y maleza, con tanta mayor fuerza y abundancia, cuanto más fértil es de suyo; y esto bien se ve que exige un trabajo continuado, porque así como el buen hortelano cada día arranca con cuidado la mala hierba que nace en su huerto, y sólo deja la buena semilla que le ha de producir frutos; así también nosotros hemos de arrancar con diligencia las faltas é imperfecciones, que brotan en nuestro corazón tan fácilmente como la hierba en el campo; y no hemos de dejar en él más que las buenas obras, y las inclinaciones nobles, que son las que nos han de producir flores de virtud y frutos de santidad. Y como la tierra de regadío siempre está produciendo nuevas hierbas, de aquí la necesidad de andar siempre con el azadón en la mano, cortándolas de raíz, para que no chupen la sustancia del terreno, ni sofoquen á las demás plantas.

En segundo lugar necesita este jardín de aguas con qué regarse, y estas aguas no vienen en días señalados y fijos, como acontece en las grandes acequias y canales de riego; sino solamente en los días que quiere enviarlas el Dueño absoluto de nuestro huerto, porque Él es el que tiene en su mano poderosa las llaves del depósito inmenso de sus gracias para soltarlas cuando le place; y esto exige también una continua vigilancia por parte nuestra, para no recibir en vano ese don de Dios. Este huerto es regado unas veces con lluvias fecundantes, que Dios se complace en derramar sobre él, y en este caso el hortelano nada tiene que hacer, sino recibir con hacimiento de gracias ese beneficio soberano. Otras veces falta el rocío del cielo, y entonces

manda Dios sus aguas por primorosos canales, que las van distribuyendo por igual, haciéndolas llegar al tronco de todos los árboles, y al pie de todas las plantas con grande gozo del hortelano, que no cesa de cantar mientras le dura tan grata faena. En otras ocasiones vienen secos los acueductos por la escasez de las lluvias, y entonces quiere nuestro Señor que reguemos con nuestra propia industria y artificio, poniendo en movimiento la noria y los arcaduces, para sacar el agua que necesitamos á fin de que no se seque el huerto. Esto es más trabajoso que lo anterior, y no da tan buen resultado; pero hay otras ocasiones de más fatigas, y es, cuando la noria no puede andar por haberse trastornado. Entonces tiene uno que sacar el agua del pozo á fuerza de brazos, fatigándose y rindiéndose, para que no se le sequen las flores, ya que no le sea posible tener el jardín bien regado. Y lo peor de todo es que algunas veces venimos á sacar agua y se encuentra uno seco el pozo, á causa de la grande sequía que se padece. Y si por ventura el pozo no se seca, siéntese uno lánguido y sin fuerzas para sacar el agua, desfallecido y sin aliento, como si estuviera enfermo; de modo, que si no se acordara el alma del agrado y complacencia que Dios tiene de verla trabajar y padecer, y si no temiese perder todo lo que tiene servido á tan gran Señor, presto lo dejaría todo, aunque murieran las flores y las plantas; pero es tan bueno nuestro Divino Salvador, que, cuando para probar al alma, permite que halle seco el pozo, ó ella quede como desmayada y sin fuerzas para sacar el agua, entonces Él, haciendo muestra de su omnipotencia, sin agua ni riego sustenta los árboles y mantiene frescas las flores de nuestro jardín.

Por esta razón quisiera yo que no desconfiáramos nunca de Dios, aun cuando nos veamos en tan grandes

apuros; sino al contrario, confiar siempre en Él y consolarlos con el pensamiento de que Él nos mira, y trabajamos por su gloria, y Él se complace en nuestros trabajos, y nos lo pagará todo junto con creces y con ganancias. A buen amo servimos; Él nos recompensará según nuestro trabajo y no según las flores que dé el jardín; y si Él se contenta de verlo seco, y á mí fatigado, yo me contentaré de mi fatiga y de la sequedad de mi huerto, porque eso le dará tanta gloria á Él, como provecho á mi alma. El apóstol S. Pablo es quien nos enseñó esta doctrina celestial, cuando dijo: *De buena gana me holgaré en mis humillaciones y trabajos, para que more en mí la virtud de Cristo.* Y en otra ocasión pidió él tres veces al Cielo que le librara de un terrible contratiempo que padecía el jardín de su alma, y le contestó nuestro Señor: *Te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona con los trabajos y humillaciones.*

Estos trabajos vienen muy frecuentemente, sobre todo en los principios, pues entonces hay que desmontar el terreno y labrarlo bien para plantar el jardín; hay que regar á fuerza de brazos los semilleros y las primeras plantas que lo han de hermohear. Tras esto viene el riego de noria que ya es menos trabajoso, y luego el de acequias que da más placer, y por último la lluvia del cielo, que lo riega sin trabajo; pero cuando nos falta esto último, es preciso volver á lo anterior, para tener siempre en el huerto flores y frutos con que convidar á nuestro Señor. Y si vemos que las flores se marchitan ó los árboles se agostan, hagámoselo presente á Él para que remedie nuestros males.

Yo conozco á una persona, que á imitación de Santa Teresa, considera su alma como jardín del Amado, y en los días de comunión lo toma á éste de la mano, y le invita á pasear por aquél, hablándole en esta forma: Ven, Amado mio, ven á tu jardín, y con la mirada de

tus ojos divinos llénalo de hermosura. Mira, Jesús mío, mira cuán pobres están estas violetas, las flores de la humildad ¿Cuándo veré yo á mi huerto embalsamado con el aroma de estas flores? ¿Cuándo aprenderé á ser como tú, manso y humilde de corazón? Mira, Bien mío, aquí tienes el plantel de las azucenas; ¡oh! ¡cómo me gustan estas flores de la pureza santa! ¡qué aroma! ¡qué blancura! ¡qué fragancia! ¡Consérvalas intactas para tí, que eres la flor del campo y el lirio de los valles! Pero ¡ay, cuánto temo! ¡Negros y asquerosos insectos vienen volando muchas veces por el aire, para posarse en ellas y mancharlas! espántalos con tu vista, Jesús mío, y no consientas jamás que esos impuros avechuchos mancillen la pureza de mi alma... ¿Quiéres pasear ahora por entre los rosales? Estas son las flores de la caridad: ¡ay, Señor mío, cuán marchitas y deshojadas están mis rosas! ¡lástima da mirarlas! ¡Riégalas tú con tu gracia, mira que se marchitarán sin remedio! ¡Si Tú no cuidas de mi jardín, pobre de él! Mira, Jesús mío, mira lo que produce de sí este huerto de mi alma; ¿lo ves? ¡abrojos y espinas para tu amante corazón! Tiendela vista por este lado... ¡No hay más que ortigas, la hierva de la ingratitud! ¿Quién había de pensar, que jardín cultivado por tus manos produjera tal maleza? ¿Quién había de suponer en mí tanta ingratitud? ¡Lo siento, Dios mío! y ojalá que yo solo sea el ingrato, y todas las otras almas te den flores de virtud y frutos de santidad...

Esta es muy buena consideración y te la dejo indicada para que te aproveches de ella y ruegues por tu afmo. P.

FR. A.



IX

EL ALMA RELIGIOSA, VIÑA DEL SEÑOR.

Vinea facta est Dilecto in cornu filio olei.

Plantó mi amado una viña en un collado muy fértil.

ISA. 5. 1.º

Mi querida Margarita: Hoy me pongo á escribirte de muy buen humor; son las nueve de la noche, los religiosos se han entregado ya al reposo, y yo he cogido estos pliegos de papel para ver si puedo llenártelos de borrones, antes que den las doce y la campana nos llame al coro á rezar maitines. La noche está lluviosa y bastante fría, lo cual convida al sueño y al descanso; mas á pesar de eso, no tengo ganas de dormir y sí de escribirte (aunque las manos me tiemblan de frío), por la sencilla razón de que estoy deseoso de manejar la pluma desde que esta tarde recibí la tuya. ¡Tan buena impresión me causó! Dices que las hermosas consideraciones que hacíamos en mi anterior te han descubierto un nuevo mundo dentro de tí misma, mundo en que te hallas agradablemente per-

dida, si perdición pudiera llamarse el vivir á solas con Dios en las desconocidas regiones del espíritu; y en fin, que si tengo alguna otra consideración que hacer-te parecida á la del *huerto cerrado* de la Escritura santa, no deje de escribírtela pronto, porque te es altamente provechosa.

Al leer estas palabras de la tuya, me acordé que en los Libros sagrados se da al alma devota el misterioso nombre de *Viña del Señor*, y me propuse escribirtelo sobre este punto, á ver si sacas de él tanto fruto como del pasado. Desde que lo pensé, siento rebullir en mi mente un montón de ideas y textos bíblicos que luchan por salir á luz, y están llamando á las puertas del entendimiento, para que les abra y les dé salida; y, como si estas ideas fueran niñas mal educadas, mueven tan ingrato ruido, pidiendo todas ellas ser las preferidas, que aunque quisiera buscar el sueño, me sería imposible hallarlo, mientras me quede en la cabeza uno de esos bulliciosos pensamientos; por lo cual se me hace forzoso trasladarlos á este papel para recreo tuyo y descanso mío. Aquí tienes explicado de paso, el verdadero motivo de ponerme á escribir tan á deshora, y quiero que lo sepas, para que no me agradezcas la mala noche que voy á pasar, redactando esta carta.

Ya te he dicho que en los libros santos se da el nombre de *Viña del Señor* al alma devota, lo mismo que al pueblo escogido; mas para nuestro propósito conviene que consideremos á nuestra Religión como viña plantada por Jesucristo; á nuestro monasterio como bancal ó departamento de esa viña hermosa; y á nosotros como plantas en él criadas y cultivadas. De ellas, como de la casa de Israel, habló el Profeta Isaías, cuando dijo, refiriéndose al Salvador: "Tuvo mi amado una viña en un collado muy fértil, y la cercó con

88110

fuerte valladar., Viñas de Cristo son sin duda alguna todas las Ordenes religiosas, y viñas plantadas por Él en terreno pingüe y abundante. Una vez plantadas las rodeó de vallados para defenderlas de los asaltos del ganado campestre y del paso de los caminantes; y estas cercas son, no solamente las reglas y estatutos que la separan del resto del mundo, sino también la custodia y tutela de los santos ángeles que nos asisten, alientan y enseñan con sus santas inspiraciones.

La poda que en esta viña se acostumbra es tan completa, que no deja nada que desear; porque en ella se pasan días, meses y años en ir cortando todo lo superfluo, para que las vides se crien rectas y derechas hacia el Cielo, buscando siempre la gloria de Dios. Y si alguna planta, por el buen cultivo que tiene, se carga demasiado de pámpanos ó de racimos, los superiores, como hábiles podadores, van arrancando con cuidado unos y otros, para que no den más hojas ni más frutos de lo que pueden llevar. Conocen ellos muy bien la carga que puede soportar cada uno, y así la distribuyen con equidad. A la vid lozana y frondosa la dejan llevar cuantos racimos puede, porque si no la obligan á dar fruto, dará mucho follaje; y á la planta que ven endeble y envejecida, la descargan de racimos para que no trabaje sobre sus fuerzas.

Pues labradas y cultivadas con tanto esmero las cepas de esta *Viña del Señor*, claro está que Él debe esperar recoger de ellas una cosecha abundante; más ¡ay! ¡aquí es donde viene lo triste y lo doloroso! Bien previó el Profeta lo que había de pasar en algunas cepas de esta viña, cuando dijo: "Voy á cantar las tristes endechas que ha de cantar mi Amado á su viña: Él la plantó de sarmientos escogidos, edificó una torre en medio de ella, y construyó en la torre un lagar, esperando que la viña produjera uvas, y no produjo más que

011633

agracies. Por eso dice el Señor; "Juzgad ahora, varones de Judá; juzgad entre mí y mi viña. ¿Qué más pude hacer por ella, que no lo hiciera? ¿Qué más debí hacer? Pues, ¿por qué en vez de maduros racimos me ha dado verdes cencerrones? Mas yo os diré lo que haré con mi viña: le quitaré la cerca, derribaré el vallado y quedará para ser pisada de los transeuntes. La dejaré desierta, no será más podada ni cavada, nacerán en ella zarzas, crecerán las espinas y mandaré á las nubes del cielo que no lluevan sobre ella." ¡Terrible amenaza! ¿Estaremos comprendidos en ella? Después de tanta labor era de esperar que la viña del Dios de Jacob produjera sazonados frutos. ¿Qué menos se le podía pedir? Y sin embargo no dió más que *labruscas*. ¡Quiera Dios que no se pueda decir otro tanto de algunos religiosos! ¡Quiera Dios que no haya entre tantas cepas escogidas ninguna que dé por fruto agracies ú obras mal sazonadas! ¡Quiera el Cielo que no tengamos que llorar un día y decir de verdad lo que por humildad decía de sí el santo Fray Diego de Cádiz:

De Cristo, Vid escogida,
Indigno sarmiento soy,
Que en vez de racimos doy
Espinass de mala vida....

Triste cosa sería que Dios nos diera las quejas que dió á su pueblo y nos hiciera los cargos que á él le hizo. Temamos no se enoje Cristo con el sarmiento que no da fruto, y ponga por obra lo que Él mismo dice en su Evangelio: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; todo aquél que no dé fruto, será cortado, se secará, le cogerán, lo echarán al fuego y en él arderá." ¡Ay! ¡Cuántas veces se ha cumplido ya esta sentencia de Jesucristo! ¡Cuántos sarmientos y cuántas cepas he visto yo en

mi corta vida arrancados del fértil suelo de la Religión.

Pero, en fin, nosotros por dicha nuestra permanecemos aún en esta *Viña del Señor*, y á pesar de nuestras miserias queremos dar fruto; y aún creo yo que tú, amada hermana, como vid frondosa enlazada al olmo, estarás cargada de dulces racimos. ¿Qué más se te puede pedir? Pues, una cosa muy sencilla, que guardes ese fruto con mucha vigilancia, para que no tengas que llorar un día como la Esposa de los Cantares que decía: "Me pusieron de guardia en mi viña, y yo, no la guardé. ¡Triste de mí!" Y claro está, que el que no guarda su viña, no es extraño que á lo mejor se quede sin uvas. Este fruto es muy agradable á todos los animales del campo, á todas las aves del aire y á toda clase de insectos; y de todos ellos lo hemos de guardar con diligencia, no nos roben nuestra cosecha. Es muy fácil que las zorras, amigas de la uva, vengan de noche, ó el javalí de día, y nos destrocen la viña, por lo cual hemos de estar siempre á la mira para espantarlos. ¿Cuántas veces viene á deshora un mal pensamiento, que, si no lo rechazamos pronto y con energía, nos hace más daño que un zorro en una viña? ¿Cuántas veces un arranque de soberbia nos quita el fruto de la humildad? ¿Cuántas veces un ímpetu de ira nos hace faltar á la caridad ó á la obediencia? ¿Cuántas veces una afición desordenada á cualquier objeto nos hace prevaricar en poco ó en mucho la santa pobreza?

Y ya que de esos animales dañinos tengamos libre nuestra viña, no la tendremos ciertamente de avispas y de abejas que siempre se atreven al racimo y buscan los más dulces y los mejores, tanto que, para preservarlos de ellas, es menester cubrirlos con fundas de gasa ó redcillas de alambre. De donde debe entender el alma religiosa que nunca tendrá su fruto mejor guar-

dado que cuando lo tenga cubierto con el velo de la modestia y de la humildad. Hay que guardar, por último, la viña de los transeuntes, porque como el fruto de ella es tan apetitoso, se le antoja á todo el que lo ve; de donde provino a quel cantar que dice:

Nadie plante su viña
Junto á un camino,
Porque todo el que pasa
Coge un racimo.

Así hay almas religiosas que tienen tan mal guardada su viña, que dan lugar á que entre en ella y se la vendimie todo el que quiere. Todo yente y viniente que pasa cerca, se mete por ella como por viña vendimiada, buscando con qué regalarse, sin que ellos le den el *alto*, ni le pregunten adonde van. Si nó, dime: ¿Cuántos deseos, cuidados, palabras y pensamientos salen y entran en el alma de muchas personas religiosas, sin que ellas les pidan el pasaporte ni les pregunten lo que hacen? ¿Cuántos deseos inmoderados! ¿Cuántos cuidados sin fruto! ¿Cuántos pensamientos tristes! ¿Cuántos pretextos mendigados! ¿Cuántos escrúpulos impertinentes! ¿Cuántas ocupaciones inútiles! ¿Cuántas palabras ociosas! ¿Cuántos afanes sin objeto! ¿Cuántos desvelos por niñerías de ningún valor! ¿Y qué son todas estas cosas sino transeuntes que se llevan el fruto de la viña? Y mientras tanto el alma se está cuidando, tal vez, de lo que no le importa.

No seas tú así, Sor Margarita; te diré para terminar. Guarda tu viña, para que no entre en ella algún astuto dañador. Atiende á tu viña y no te cuides de la ajena, que bastante tienes con la tuya. Mira que no es viña tuya, ni mucho menos *Viña del Señor*, la negra honrilla, las comodidades, el cargo honroso, las amis-

tades seculares y el salir con la tuya. No es eso de lo que has de cuidar, sino de ser muy humilde, muy obediente, muy casta, muy pobre, muy caritativa, muy silenciosa, muy observante de tu regla y muy amante de Jesús. Si así lo haces, ya verás cómo el Divino Esposo te dirá algún día, como á la esposa de los Cantares, que tu corazón es para Él, como racimo de uvas de las viñas de Engadí. Y adios, que dan las doce. Ruega por quien en el Señor te desea todo bien y es tu afectísimo P.

FR. A.